

MEMORIAS DE NUESTRO TIEMPO: TEÓRICOS Y CREADORES

José Enrique MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

Universidad de León

Si hacemos caso a determinados estudiosos interesados por la problemática del autobiografismo, la nota dominante de la literatura en la modernidad occidental — dando al concepto de *modernidad* una extensión temporal tal que comenzaría a finales del siglo XV— sería la presencia o insemnación del yo, hablaríamos o no estrictamente de escritura autobiográfica; en este sentido, quienes así piensan prefieren distinguir los géneros del yo en los que domina el pacto autobiográfico tal como lo conceptualizó Lejeune (1994: 49-87) de aquellos otros géneros en los que el yo como objeto de la enunciación domina el texto regido no por el pacto autobiográfico, sino por el *espacio* autobiográfico¹, del que no se evadiría ni siquiera la novela realista del siglo XIX (Prado Biezma *et al.*, 1994: 13, 17). Los primeros acogerían los distintos géneros autobiográficos tradicionales: autobiografías propiamente dichas, memorias, diarios, cartas, confesiones, etc.

Hoy no podemos ya quejarnos, por seguir el viejo e infundado tópico, de la escasez española de autobiografías, memorias y epistolarios. Personas de todo tipo y condición han querido dejar noticia de su paso por el mundo. Más aún: podríamos añadir que los géneros autobiográficos gozan de un auge y de una acogida sorprendentes. El fervor emisor (auge) y receptor (acogida) tiene su reflejo simultáneo en el interés teórico por tales manifestaciones genéricas; a la vez, la teoría ha fecundado la autobiografía contemporánea hasta el punto de que numerosos interrogantes planteados por aquélla preñan las páginas de algunos autores, de los que tienen conciencia de lo que supone el

¹ Noción netamente diferente del *espacio autobiográfico* conceptualizado por Nora Catelli como «el lugar donde un yo, prisionero de sí mismo, proclama, para poder narrar su historia, que él fue aquello que hoy escribe», lo cual se resuelve —por el desajuste entre arte y vida— en una impostura (1991: 11).

intento aparentemente simple de contar la propia peripecia vital. Tal es el quicio sobre el que quiero pergeñar el presente trabajo.

¿Por qué el actual interés teórico-crítico por los géneros de signo autobiográfico? Acaso por ocupar esa zona fronteriza entre los géneros ficcionales y los no ficcionales que estudió Pozuelo Yvancos (1993), lo que convierte al autobiografismo en eje sobre el que se dilucidan los límites de lo literario o, como indica Loureiro (1991: 3), sobre el que se dirimen nociones que fundamentan el conocimiento occidental: realidad referencial, sujeto, esencia, presencia, historia, temporalidad, memoria, imaginación, presentación, mimesis, poder... Qué duda cabe que en estos aspectos se fundamenta parte de la complejidad de los géneros autobiográficos, a lo que se añaden otras cuestiones no menos problemáticas, como son, siguiendo a Pozuelo (1993), «la enorme dispersión y variedad de las formas» del autobiografismo, que, como veremos, dificulta, si no impide, la delimitación neta entre autobiografía y géneros afines; el carácter histórico, no atemporal, de la autobiografía, pues no se ha dado siempre, ni en todas partes, ni con las mismas cualidades («todas las cuestiones de género implican horizontes normativos de naturaleza histórica y cultural»), lo que implica que no se puedan estudiar las autobiografías modernas con los mismos parámetros teórico-críticos que, por ejemplo, las *Confesiones* de San Agustín; Pozuelo Yvancos añade la cuestión de mayor problematismo, tal vez, al menos en relación con las teorías psicoanalíticas (Lacan) o deconstructivistas (Derrida, De Man): la identidad del yo y los supuestos de verdad que rigen el proyecto autobiográfico. Al lado de esta problemática nuclear del asunto, acaso sea una especulación menor la delimitación de los distintos géneros del yo. En todo caso, las diferencias, me parece, no son rígidas ni definitivas. Frente a la autobiografía propiamente dicha, que, según la conocida definición de Lejeune, es un «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad» (1994: 50), las memorias se caracterizarían por trascenderla vida individual. En palabras de Weintraub (1981:19), «en las memorias, el hecho externo se traduce en experiencia consciente, la mirada del escritor se dirige más hacia el ámbito de los hechos externos que al de los interiores. Así, el interés del escritor de memorias se sitúa en el mundo de los acontecimientos externos y busca dejar constancia de los recuerdos más significativos». Otros han definido las memorias como «la recuperación a través del gesto del recuerdo prolongado en la escritura, de un tiempo pasado, perdido

tal vez, que puede pertenecer tanto al pasado probado del escritor como al pasado colectivo de la sociedad», por lo que las memorias, dicen, son Historia, pero reflejada en una conciencia que nos la cuenta en primera persona «como si los lugares, los personajes y los hechos emanaran del yo que narra o acabaran en él» (Prado Biezma et al., 1994: 251). Cabrían, según los autores de tal definición, dos modalidades o tipos de memorias según el grado de implicación del yo en la Historia: a) las centradas en los acontecimientos referidos por la persona que escribe más que sobre su propia personalidad (aquí cabe diferenciar, a su vez, las memorias en las que el autor es una presencia meramente testifical y aquellas en las que, aun centradas en los hechos externos narrados, el autor participa activamente en ellos); b) «memorias centradas en el yo que, por carecer de los requisitos imprescindibles a cualquier autobiografía — proyecto global, génesis de la personalidad, unidad profunda en el proyecto, etc.,— conviene situar más bien en este apartado ambiguo de lo específicamente memorialista» (Prado Biezma et al., 1994: 252-253); modalidad de memorias es esta segunda vaga e imprecisa, como se ve, y que añade argumentos a la consideración de las memorias como auténtico cajón de sastre de lo que no es fácilmente adscribirle a otros géneros autobiográficos. Al primer tipo de memorias de los enunciados pertenecerías las de Saint-Simon, por ejemplo, pues «tienden hacia la Historia y pueden ser leídas como Historia»; en el segundo tipo enmarcaríamos las Memorias de Ultratumba, de Chateaubriand, en las que «la Historia queda subsumida en la historia doméstica del yo narrador» (Prado Biezma et al., 1994: 253). Tal diferenciación la afirmaba ya Ramón Carnicer respecto a sus dos volúmenes de memorias, *Friso menor* (1983) y *Codicilo* (1992); en la contraportada del segundo volumen escribía, supongo que el propio autor, que en *Friso menor* «predominaban los elementos autobiográficos, en torno a los cuales se articulaba una visión del mundo español y de aquellos otros a los que se acercaba el autor. En este que aparece ahora, *Codicilo*, sin abandonar el hilo autobiográfico, lo predominante es la reflexión sobre la condición y los problemas humanos». En *Friso menor*, por lo tanto, las vivencias personales tenían mayor relieve que los acontecimientos históricos o externos; en *Codicilo*, el autor es, más bien, testigo de unos hechos de los que quiere dar testimonio personal².

² Tal testimonio suele darse a una edad proveya, madura de años y experiencias (frente a, por ejemplo, el diario, propio de cualquier edad); por este flanco, el arte de las memorias ha recibido algún ataque; así, Juan Benet desvaloriza las memorias frente a la verdadera creación, pues considera aquéllas como el triunfo del oficio sobre la capacidad de invención: «Cansado de la ficción y agotado por el

No todo es tan claro como parece, ni en la teoría ni en la práctica de la escritura. Como indica Caballé (1987: 103), «en general, se suelen utilizar los términos de *autobiografías*, *memorias* o *confesiones* como sinónimos»; y en la práctica, Carlos Barral, en las páginas iniciales de *Años de penitencia* (1975: 10) duda de si la impregnación de subjetividad de su proyecto inicial lo puede haber convertido en un capítulo «de una especie de autobiografía o de algo tal vez más semejante a unas memorias»; asimismo, en *Los años sin excusa* (1978: 10) hablará de “estas confesiones o memorias». ¿Por qué tal confusionismo genérico? Sencillamente porque una misma problemática atañe a memorias y autobiografías, problemática que podemos circunscribir inicialmente a ese *yo* que se arroga propiedades de verdad y verificabilidad, sea en unos u otros géneros autobiográficos.

Los problemas teóricos no pueden ser más diversos o más opuestos; algunos, como hemos indicado, afectan a la identidad del *yo*; otros aluden a la supuesta verdad autobiográfica; más allá se crean dificultades de adscripción de la autobiografía a lo ficcional, considerando que la ficción es lo que define la literatura. Lo más sorprendente es que en un momento de auge de lo autobiográfico, la teoría se empeñe en rechazar lo que en la práctica lectora distingue a los géneros del *yo*, que es, precisamente, el prefijo *auto* (*vid.* Cabo Aseguinolaza, 1993). Se habla de la crisis de la identidad del *yo*, de su incapacidad referencial, de su escasa fiabilidad... En torno al llamado problema autobiográfico se enfrentan corrientes críticas que Pozuelo Yvancos (1993: 185-186) sintetiza en dos principales: por un lado, quienes, como Lejeune, defienden la referencialidad de la autobiografía; por el otro, quienes, como Paul de Man, afirman que es una forma más de ficcionalización.

Como es bien sabido, Lejeune (1994: 49-87) cifró en la noción de pacto autobiográfico la definición de la autobiografía y su distinción de los géneros vecinos. Por ese pacto o contrato de lectura entre autor y lector, éste establece la identidad entre autor empírico, narrador y personaje; tal identidad es, justamente, el referente autobiográfico. Por el mismo pacto, el autor, con su firma o nombre propio en la portada, garantiza que los hechos narrados son reales y verdaderos, a la vez que el lector los acepta como tales. Pero el valor de *verdad* de la autobiografía ha sido cuestionado y el propio discurso autobiográfico «ha sido sometido en los últimos tiempos a una

esfuerzo que supone engendrar criaturas e inventar situaciones y argumentos, el escritor se vuelve hacia sí mismo y hacia un campo donde todo está trazado, por el que puede correr con soltura una pluma agilizada en otros oficios más arduos» (Benet, 2001: 14).

deconstrucción radical que lo ha despojado de todos sus ‘antiguos’ valores. Arrastrada por el derrumbe de la concepción fuerte del sujeto, por los ataques al logocentrismo, por la instalación de la sospecha en los territorios del ser y del lenguaje, la autobiografía se califica hoy de mentira, de falsedad, de autoengaño, de novela, hasta llegar a postularse su imposibilidad» (Fernández Prieto, 1994)³. Y así, para Paul de Man la autobiografía no es más que la ampliación de una figura retórica, la prosopopeya, consistente en poner voz o cara a un personaje con medios lingüísticos; Paul de Man termina su análisis deconstructivo afirmando que «la restauración de la vida mortal por medio de la autobiografía (la prosopopeya del nombre y de la voz) desposee y desfigura en la misma medida en que restaura. La autobiografía vela una desfiguración de la mente por ella misma causada» (De Man, 1977: 118). Si para Paul de Man la figura es la prosopopeya, para Darío Villanueva —que ha rechazado el valor referencial de la autobiografía, viéndola más como *poiesis* que como *mimesis* (1991: 108; 1993: 22)— la clave está en la paradoja o unión de dos nociones aparentemente irreconciliables, realidad y ficción: «La autobiografía es ficción cuando la consideramos desde una perspectiva genética, pues con ella el autor no pretende reproducir, sino crear su propio yo; pero la autobiografía es verdad para el lector, que hace de ella, con mayor facilidad que de cualquier otro texto narrativo, una lectura intencionalmente realista» (Villanueva, 1993: 28). Se reconcilian así, en cierto modo, las dos posturas enfrentadas. También Pozuelo Yvancos compatibiliza el hecho de que el discurso autobiográfico sea ficcional semánticamente considerado, aunque en su funcionamiento pragmático conserve atributos de verdad, de autenticidad (1993: 202-204). Incorporando la perspectiva teórica de Bajtín (1975), Pozuelo (1993: 211) considera la autobiografía como un género bifronte: un acto de conciencia que *inventa*, que *construye* una identidad, un *yo* (cronotopo interno) y, a la vez, acto de comunicación, de justificación del yo frente a los otros (cronotopo externo). El carácter bifronte, atributo consustancial al género autobiográfico, proviene del hecho de que el *yo* inventado, construido (ficcional) se presenta, en cambio como verdadero⁴. Y es que si desde una posición puramente teórica, de carácter genético y semántico, puede hablarse no de un *yo* referencial, sino

³ He aquí un buen ejemplo de instalación en la sospecha y de cuestionamiento de la veracidad autobiográfica: “Impenitente lector de memorias, estoy acostumbrado a las trampas de la escritura confesional, a la sinceridad impostada, a los disfraces de la autocompasión y al impulso *self-punishment* de los que buscan expiar culpas reales o imaginarias. Los maestros de la modernidad —Marx, Nietzsche, Freud...— nos enseñaron a sospechar de los discursos nacidos de la abundancia del corazón y de la hipertrofia de la razón” (Juaristi, 1997: 29).

⁴ En relación con Bajtín y la autobiografía, *vid.* Domínguez Caparrós (1993).

construido, configurado, refigurado o desfigurado, desde un punto de vista pragmático parece claro que la autobiografía —o cualquiera de los demás géneros afines— no es leída como obra de ficción. De hecho nace con fines diferentes a la narración puramente ficcional (fines racionales, como la apología o la justificación de un determinado comportamiento concreto, o la necesidad de dar testimonio de hechos de los que se considera testigo privilegiado, o fines afectivos: desentrañar recuerdos, hallar un sentido a su existencia, narcisismo, vanidad, etc. —May, 1997: 40-61—) y se recibe de manera diferente también. Es en esta perspectiva pragmática en la que quiero instalarme. El lector de memorias no se sitúa ante ellas como ante una novela. Acepta las afirmaciones de verdad o de sinceridad sin necesidad de verificarlas. En el enfrentamiento presente / pasado sabe que no es éste estrictamente lo que se le ofrece —cosa imposible, por otra parte, pues el pasado como tal ha muerto—, sino su lectura o relectura desde un ahora cargado de nuevas experiencias, recuerdos, olvidos, simulaciones, etc. En suma, el lector lo que tiene ante sí es una interpretación del pasado desde el presente. Y las afirmaciones de autenticidad, verdad, sinceridad o realidad que el autor realiza aluden a su propia visión o interpretación —desde el presente— de los hechos que narra. Las cosas del pasado, sean o no sean exactamente así —y eso importa relativamente, por cuanto son pasado—, se recuerdan como verdaderas y como verdaderas se recuperan y se reinterpretan. Y esta es la *verdad* pactada con el lector. El tiempo que pasa entre el hecho y el momento en que se recuerda y se intenta trasladar a la escritura (la perspectiva temporal, histórica) modifica, indudablemente, la visión de aquél; pero, a cambio, proporciona una mayor riqueza de visión, derivada de una superior carga de experiencia y de la posibilidad de contemplar la vida propia en su conjunto, en su continuidad, como un resultado en el que obran determinadas causas y consecuencias. Gana siempre la interpretación o reinterpretación por parte de ese *yo* que escribe volcado sobre el *yo* —o los *yos* o *mis*, como prefieren otros— del que escribe. «Recuperar el pasado —indica Sidone Smith— no es hipostasiar fundamentos firmes u orígenes absolutos, sino, más bien, una interpretación de la experiencia anterior, que ni se puede separar del filtro de la experiencia posterior, ni se puede articular sin estructuras lingüísticas y narrativas. Como resultado, la autobiografía es tanto el proceso como el producto de asignar significado a una serie de experiencias, después de ocurridas, por medio del énfasis, la yuxtaposición, el comentario y la omisión» (Smith, 1991: 96); la propia autora insiste en considerar el «acto autobiográfico» (Bruss, 1974)

como «una interpretación de la vida que reviste de una coherencia y significado, tal vez no evidentes antes del propio acto de la escritura, al propio yo y al pasado» (Smith, 1991: 96). En el intento de dar significado a una serie de experiencias pasadas, la memoria interviene de forma inevitable; también ella ha sufrido los acosos de la teoría. Leemos: «podemos recuperar lo que éramos sólo desde la perspectiva compleja de lo que somos ahora, lo que significa que puede que estemos recordando algo que no fuimos en absoluto. En el acto de recordar el pasado en el presente, el autobiógrafo imagina la existencia de otra persona, de otro mundo, que seguramente *no* es el mismo que el mundo pasado el cual, bajo ninguna circunstancia ni por más que lo deseemos, existe en el presente» (Olney, 1980: 36); y después de teorizar en torno al *bios* y a la *memoria*, Olney terminará afirmando que «la memoria deforma y transforma [...]. En realidad, la memoria hace virtualmente todo menos lo que se supone que debe hacer, esto es, mirar hacia los hechos del pasado y verlos tal como ocurrieron» (1991: 41). No son grandes revelaciones lo que encierran estas palabras; todos aceptamos que los olvidos y las posibles deformaciones forman parte del actuar de la memoria. También el autor de autobiografías y de memorias lo sabe: «Conozco las trampas de la memoria y sus reconstrucciones ficticias», escribe Juan Goytisolo (1985: 61); y a «las trampas propias de toda recuperación a distancia de la experiencia» alude Caballero Bonald (1995: 35), mientras que Vargas Llosa duda en ocasiones de si lo que cuenta es realidad o fantasía: «Es posible que se cuelen, entre las verdades, algunas ficciones, pero supongo que eso también puede llamarse autobiográfico» (1993: 396); y algo semejante le ocurre a Isabel García Lorca: «Me doy cuenta de que guardo en mi memoria lo vivido mezclado con lo que creo haber vivido, y que los recuerdos de otros han llegado a formar parte de mi propia memoria» (2002: 171). El escritor puede buscar eliminar las deficiencias de la memoria sirviéndose de cartas, diarios y otros artilugios; pero, a mi parecer, hay un elemento que no suele considerarse y que supera aquellas deficiencias, en parte al menos: la reflexión sobre el pasado. Desde la perspectiva de una cierta edad, el autor de memorias da significado a cada hecho puntual no como algo aislado y singular, sino situado en su devenir; es el conjunto de una vida lo que contempla; los hechos empiezan a relacionarse y a cobrar sentido y coherencia. Como dice Gusdorf (1948: 17), la autobiografía muestra «el esfuerzo de un creador por dotar de sentido a su propia leyenda». El *yo* autobiográfico no es sólo un relato, es también una reflexión, una interpretación y, por qué no, una reconstrucción desde la distancia que media entre la

vida y la escritura. Es el yo reinterpretado el que el lector acepta como verdadero. La verdad está no en la correspondencia entre la palabra y el pasado, sino en la interpretación del pasado a través de la palabra.

Los memoriógrafos más lúcidos han enterrado lo que pudiéramos llamar la *falacia objetivista*, es decir, la creencia en el rescate del recuerdo como recuperación de la realidad objetiva. La pretensión de objetividad, que todavía se da en autores que no reparan en lo que subyace al hecho de escribir su autobiografía o sus memorias, ha cedido paso a la asunción de la problemática teórica antedicha y a la reflexión consiguiente sobre ella. Son conscientes de que redactar unas memorias supone una compleja actividad a la que acechan una serie de riesgos que Julián Marías expuso en la introducción al volumen primero de la suyas (Marías, 1988: 9-13): la adopción de una perspectiva a la cual se vaya plegando la exposición de la vida; la dificultad misma de reducir, sin falsear, la multitud de dimensiones y la diversidad de planos de la vida misma; la expresión no sólo de lo que se ha hecho, sino, además, de lo que se ha pretendido hacer: la pluralidad de trayectorias que es la vida (Marías, 1989: 129); el carácter selectivo de la memoria y la configuración determinada que, por ello, impone; la inevitable perspectiva actual desde la que se contempla y escribe el pasado, lo cual falsea la realidad, al ver como un resultado articulado y como un presente lo que fueron momentos distintos con valor por sí mismos; el problema del yo, de su reconstrucción, con el riesgo anejo de falsificación o de suplantación. En otro lugar añade Marías otro riesgo más, de cara al lector sobre todo, pues debajo de los hechos destacados, de los icebergs de la vida, que acaso cobren relieve engañoso, discurre la continuidad diaria: «La vida es siempre cotidiana, y es la dimensión más importante de ella. Es la que hace la vida soportable, porque finge una ilusión de eternidad» (Marías, 1989: 301); pero el autor de memorias tiende a relatar su historia, más que su intrahistoria, que es la que verdaderamente sustenta la peripecia vital. Francisco Ayala (1988: 22) añadirá una dificultad no menor: «La conexión entre los hechos externos, objetivamente comprobables, y el sentido íntimo de la vida individual, que aun para el propio sujeto que la vive está muy lejos de ser transparente (antes al contrario, suele aparecérsese envuelto en angustiosas ambigüedades y dar lugar a perplejidades muy turbadoras)».

Las preocupaciones anteriores atañen, como puede verse, a tres problemas básicos del autobiografismo: el yo, la memoria y el tiempo; la construcción del yo, el papel de la memoria y la perspectiva temporal, aspectos íntimamente conexos. Teóricos y

creados coinciden, por lo que se ve, en considerar como ejes problemáticos del autobiografismo a los que tienen que ver con la identidad del sujeto y la supuesta verdad que transmite, algo que afecta al estatuto mismo —ficcional o no— de los géneros autobiográficos. El centro es, desde luego, la memoria: memoria de un yo que quiere reconstruir un pasado y reconstruirse en el pasado, pero desde la perspectiva del presente. Nadie más lúcido sobre el asunto que Caballero Bonald, el caso más interesante también en cuanto que sus perplejidades forman parte del propio proceso de la escritura autobiográfica, sin ese carácter marginal o paratextual que se manifiesta en la mayoría de los autores. Recordar es siempre reflexionar sobre el recuerdo y sobre el propio hecho de recordar. La distancia entre el yo recordado (pasado) y el yo que lo recuerda (presente) le ofrece suficientes motivos para sentir perplejidad y extrañeza. ¿Cómo recuperar verazmente el yo del pasado cuando se interpone, por ejemplo, la nostalgia? «En los recuerdos —dice— siempre hay un sustituto del que uno fue que trata de engañarlo [...]. Tengo dudas a la hora de identificarme con ese sujeto que anda estacionado o dando bandazos en mi memoria y que no se parece sino a ratos perdidos al que ahora creo que fui» (Caballero Bonald, 1995: 291); «Entre el pretérito emocionante y el distanciamiento del presente, yo tengo ya algo de intruso en un territorio donde empecé siendo el que ahora soy — qué biológico lirismo— y que he ido minando con las más impresentables nostalgias» (Caballero Bonald, 1995: 250-251). En el segundo tomo de sus memorias, *La costumbre de vivir. La novela de la memoria II* (2001), Caballero Bonald se interrogará:

¿Me reconozco de veras en el que ahora creo que fui, en ese personaje secreto del que nunca hablé y que sólo coincide con el que se ha ido adecuando a lo que podrían ser los círculos externos de mi personalidad? ¿No me engaño adrede, no opto por recordarme a mí mismo como alguien sujeto a una perturbadora serie de movimientos disociados unos de otros y sólo comprensibles en razón de su desorden? (Caballero Bonald, 2001: 71).

A las dificultades de identificación del yo del presente con el yo del pasado se alude lúcidamente en estas memorias: «La verdad es que no logro identificarme en medio de toda esa maraña retrospectiva sino de un modo muy ambiguo, muy poco veraz», atestiguando que en la doble perspectiva del pasado y del presente, del yo que uno fue y del yo que uno es, «rigen unas leyes del recuerdo que pueden acabar aplicándose de forma muy arbitraria o muy susceptible de enmiendas repentinas» (Caballero Bonald,

2001: 160). También Carlos Barral (1988: 20) siente extrañeza ante su yo del pasado del que queda constancia documental (unos versos, por ejemplo, escritos en tal lugar y en tal momento), pero del que se siente ya ajeno: «Esos textos parecen de alguien con quien he conservado escasa relación». Cuando en *Las horas veloces* Barral quiere sorprender a su yo del pasado —a ese sujeto de identidad problemática—, en su cotidianidad, planteará posibles y distintas alternativas; en cada caso, ese sujeto, ese personaje evasivo, será diferente según el espacio, el lugar o la perspectiva y aparecerá como «un sujeto múltiple y confuso» (Barral, 1988: 12-23).

El yo autobiográfico ha sido objeto de controversias en el caso de la teoría. Si seguimos el razonamiento de Shirley Neuman (1992), la tradición humanista de la autobiografía concibió un yo idéntico e individualista, frente al cual apareció el yo como producción textual y desarticulado de las poéticas postestructuralistas; frente a ambas concepciones, la «poética de la diferencia» (mujeres, mujeres lesbianas, afroamericanos, chicanos, etc.) establecería un yo comunitario, comunalmente identificado; Pero Neuman lo considera lastrado por la oposición binaria entre la conciencia colectiva que postulan y una conciencia individual que difiere con respecto a la primera, por lo que propone una concepción del sujeto más compleja y abarcadora, en términos no sólo de diferencia respecto a los otros (al sujeto masculino, por ejemplo), sino de diferencia *interior* en sí mismo y con respecto a sí mismo: un sujeto más rico, a su parecer, que los anteriores, de signo humanista, postestructuralista o comunitario.

El yo autobiográfico intenta recuperar el pasado activando la memoria, trayendo al presente esos retazos del tiempo ido que son los recuerdos. «Los demás tampoco son otra cosa que el tejido de sus propios recuerdos» «Quien recuerda se equivoca» atestigua Caballero Bonald (1995: 171). El autobiografismo depende de la memoria, con lo que ello implica de selección, pues sólo opera sobre lo que se recuerda, de posible recreación, de consiguientes malformaciones, de aportación de mentiras o de invenciones («La novela de la memoria»: así subtítulo Caballero Bonald sus dos volúmenes de memorias, publicados en 1995 y 2001 respectivamente: *Tiempo de guerras perdidas* y *La costumbre de vivir*), a lo que podemos añadir las reflexiones del yo del presente sobre sus propios recuerdos, las modificaciones inevitables del recuerdo al convertirse en escritura, en *creación*, el frecuente olvido de que el yo del pasado

también tenía sus propios recuerdos⁵, no necesariamente coincidentes con los del yo del presente, etc., etc. Todas estas características, interpretadas negativamente, han motivado determinados acosos a la memoria, como vimos páginas atrás; pero todo ello forma parte del proceder mismo de la memoria, como bien sabía el Mairena machadiano cuando advertía: «Incierto es, en verdad, lo porvenir ¿Quién sabe lo que va a pasar? Pero incierto es también lo pretérito; ¿quién sabe lo que ha pasado?»; el devenir —dice Mairena— es *uno* y es su *totalidad* lo sometido a constante cambio; además «como el punto de mira y los puntos de referencia varían de continuo —cuantitativa y cualitativamente—, ningún acontecimiento de nuestro pasado ha de aparecérsenos dos veces como exactamente el mismo. De suerte que ni el porvenir está escrito en ninguna parte, ni el pasado tampoco» (Machado, 1986: 100), palabras que explican la capacidad de modelar, de re-crear ese pasado. A la manera de José Antonio Marina hemos de hablar de *memoria inteligente*, concebida no como almacén de datos o de conocimientos —de recuerdos— sino como *sistema dinámico* y *creador* (Marina, 1993: 118-133). De unas y otras características, de signo positivo o negativo, son muy conscientes los memoriógrafos, que subrayan sus limitaciones o bien su capacidad de dar vida a lo que ya ha muerto, de iluminarlo y de proporcionarle un sentido.

Líneas atrás, Goytisolo y Caballero Bonald aludían en sendas citas a las trampas de la memoria. La más patente es la selección natural que ejerce sobre los hechos del pasado para llevar a cabo su reconstrucción, su reinención. Estamos hablando tanto del olvido⁶ como del rescate de unos recuerdos y no de otros. «En cuanto a la memoria — escribe Marías (1988: 11)—, es evidente que es selectiva, que se nutre de olvido, y este es mayor o menor, y siempre cualitativo, es decir, que impone ya una configuración determinada»; Caballero Bonald habla de «la ambigüedad selectiva con que se coteja el pasado» y de las probabilidades de alterarlo (1995: 7 y 17); indaga incluso en las causas que abocan a la selección: «A veces la gestión selectiva de la memoria no logra aislar los datos halagüeños de los inclementes», de forma que en el caso concreto que narra, al tratar de acordarse de aquellas andanzas, «sé que tiendo a silenciar, a olvidar, las que me resultan onerosas o indignas por algún motivo. Me callo sin mayores reservas lo que no deseo contar o lo que supongo que no deseo contar. En la memoria abundan las zonas

⁵ «El hombre que ya no soy tiene sus propios recuerdos», escribe el poeta Benjamín Prado (1998: 50).

⁶ «Olvidar es una forma económicamente necesaria, de disolver aquella parte de nosotros que, por diversas razones (algunas conocidas, otras ni siquiera cognoscibles), no toleramos» (Castilla del Pino, 1997: 11).

donde se abisman sin ninguna posible contraorden los olvidos» (Caballero Bonald, 2001: 170); se trata, como se ve, de una experiencia común: seleccionamos del recuerdo aquello que nos conviene, lo que queremos que se sepa o no se sepa, etc. Como dice el escritor jerezano, «ninguna persona ecuánime deja de promover en algún momento, de modo instintivo o a sabiendas, su propio juego de ocultaciones» (Caballero Bonald, 2001: 68); en ese juego de ocultaciones están las pequeñas miserias personales, las culpas reales o presuntas, las infidelidades, la intimidad inconfesable, si bien, a veces, el ejercicio repetido de la memoria logra abrir las puertas de ese almacén freudiano y rescata ese mundo (o parte del mismo) que se creía protegido por el olvido (Caballero Bonald, 2001: 68-69). Por su parte, Francisco Ayala, que sabe que la memoria configura el pasado de modo selectivo, olvidando cosas que pueden ser significativas y aferrándose a otras que también lo son, destacándolas e iluminándolas, ve el lado positivo del proceso y no una mera falsificación: «Pueden valer —advierde— como un esfuerzo cumplido desde instancias subconscientes por conferir a las experiencias pretéritas una estructura acorde con el sentido profundo de la vida personal» (Ayala, 1988: 22); Castilla del Pino, por su parte (1997: 31), se preguntará el porqué de retener unos recuerdos, de escasa relevancia tal vez, y no otros, si bien desecha la valoración del hecho *a posteriori*.

Al carácter selectivo de la memoria suele unirse la imprecisión en la evocación de lo recordado. Es una experiencia común. Lo importante es indagar en las causas, como hace Carlos Barral al hablar de su «prehistoria sexual», de la que dispone en el recuerdo de «datos tan borrosos y tan deformados por causa del arrepentimiento y del miedo» (Barral, 1976: 113); en otro caso, no tanto la imprecisión como el enrarecimiento de los recuerdos tendrá como causas la identidad del programa cotidiano a lo largo de aquellos años —alude a los primeros de la década del 50— y la continuidad sin cambios de la ciudad y del país en que vivía.

Al comienzo mismo de su *Pretérito imperfecto*, Castilla del Pino extrae una cita del diario de Máximo Temple (pseudónimo del propio autor) en la que se afirma que la realidad es un invento del sujeto y la memoria una reinvenición. Es el punto en el que, desde una perspectiva semántica, el autobiografismo tange con la ficción. Recordemos las palabras de Vargas Llosa (1993: 396) en las que temía que junto a las verdades se colaran algunas ficciones, añadiendo: «Supongo que eso también puede llamarse autobiográfico»; asimismo, Alberto Oliart (1988: 15) contempla la posibilidad de la

invención consciente o no, pero entendiendo que «la invención y los sueños, la fabulación, forma parte determinante de nuestra vida; a veces la completan, a veces la sustituyen». La invención o reinvención tiene que ver con las características anteriores de parcialidad selectiva, ambigüedad e imprecisión; pero hay una nota más: el subjetivismo, al que María Teresa León (1979: 5) achaca la posible invención de su *Memoria de la melancolía*: “Puede que esté inventando [...]. Lo cierto es que todo lo que estoy escribiendo no tiene ni deseo de perfección ni de verdad. Lo que yo vi es el jardín cerrado de lo que yo sentí”. Más complejo es el caso del Barral de *Años de penitencia*, pues su propósito inicial de parcialidad y de fidelidad a una época más que a los recuerdos (careciendo de importancia las posibles ambigüedades o deformaciones de los mismos) se vio alterado por la impregnación subjetiva que no pudo evitar, lo cual le lleva a reivindicar para su libro de memorias el estatuto de la ficción: «En cierto aspecto [...], el libro quisiera alcanzar la dignidad de obra de ficción, por cerca que quede de la crónica y de la reflexión sobre hechos de la historia menuda» (Barral, 1975: 11). Barral quería ser fiel al cuadro general de una época sin necesidad de acudir a otro archivo que el de los recuerdos, no importa si imprecisos, para representarla. Otros prefieren el apoyo documental que minimice olvidos, inexactitudes y deformaciones, que resuelva dudas sobre si lo recordado es real o imaginario y que, de alguna forma, objetiven el recuerdo y garanticen su veracidad. Las ayudas a la memoria (objetos, diarios, cartas, notas, etc.) permiten revivir hechos o emociones e incluso cotejar sentimientos del presente de la escritura con aquellos del pasado explícitos, por ejemplo, en cartas o diarios. A estas ayudas instrumentales aluden, por ejemplo, Carnicer (1983), Castilla del Pino (1997) o Goytisolo (1985). El último, consciente de lo que supone un proyecto autobiográfico, recela de los peligros que lo acechan y toma cautelas, entre ellas el apoyo documental cuando es posible. Sus palabras resumen y amplían cuanto hemos venido arguyendo hasta ahora sobre la actividad compleja de la memoria y su labor de reconstrucción:

La tarea que tan confiadamente emprendieras, aquella resolución brusca de no permitir que tu vida, experiencia, emociones, lo que eres y lo que has sido desaparecieran contigo se ha ido transformando poco a poco en un terreno plagado de redes y asechanzas que te obligan a andar con cautela, volver atrás la cabeza, poner en tela de juicio la exactitud de tus versiones, someterlas a la prueba de una confrontación con otros testigos, recurrir a documentos escritos que de algún modo corrigen o alteran su laboriosa reconstrucción (Goytisolo, 1985: 152).

En otra posterior reflexión, el autor de *Coto vedado* añade:

Conciencia de los peligros y trampas de la empresa: vana tentativa de tender un puente sobre tu discontinuidad biográfica, otorgar coherencia posterior a la simple acumulación de ruinas [...]: no ya la omisión arbitraria de recuerdos juzgados no importantes sino la elaboración y montaje de los escogidos [...]: evocaciones e imágenes inverificables, desconfianza en tu labor de rescate, ausencia inquietante de pruebas: impresión de construir con materiales precarios, transmutar la realidad incierta en argumento amañado de libro: de evacuar lo que queda de tu pasado con el efugio mendaz de salvarlo de la viscosa densidad del olvido (Goytisolo, 1985: 193).

De forma más decidida, me parece, Caballero Bonald coloca los dos títulos de sus memorias, *Tiempo de guerras perdidas* y *La costumbre de vivir*, bajo el estatuto de la ficción: *La novela de la memoria*, reza el subtítulo, como indicábamos páginas atrás. Difícilmente encontraremos un autor de memorias más consciente de lo que supone reconstruir un pasado desde una evocación sujeta a trampas, selecciones, engaños, ilusiones y olvidos. No deja de percibir en la evocación de algunos sucesos del pasado que formaron parte de su experiencia, algún «componente de irrealidad»; en el caso concreto que evoca en un determinado momento del discurso narrativo, tal componente de irrealidad es «como un extraño ensamblaje de informaciones alteradas, recuerdos falsos y defectuosas sobreimpresiones»; en la evocación, la experiencias viajeras a las que alude modifican su contenido, «se vuelven cada vez más engañosas, más inconstantes, y terminan sometiéndose a una especie de selección natural donde sólo sobrevive aquello que inconscientemente se desea» (Caballero Bonald, 2001: 42); en otro caso, reiterará la idea antedicha a la hora de evocar un hecho del pasado, pero añade algo más: «Tengo la impresión [...] que hay como un componente de irrealidad en mi memoria y que no todo lo que digo debe responder a una reconstrucción fiel de los hechos» (Caballero Bonald, 2001: 280). El narrador jerezano ha experimentado cómo actúan los mecanismos de la memoria: sabe que el «yacimiento vital» del pasado se vuelve vacilante con los años, que hay imágenes que quedan «congeladas, bloqueadas de manera incorregible en algún desvío irregular de la memoria» (Caballero Bonald, 2001: 363), que los recuerdos alteran el orden cronológico de los hechos, que hay pistas falsas, distorsiones, engaños, equivocaciones, pérdidas involuntarias de recuerdos o entregas conscientes al olvido... De ahí, las dificultades de la reconstrucción de un pasado erosionado por el olvido y por todas esas mermas o baches de la memoria:

Es sumamente complicada, en términos precisos, la reconstrucción de un tramo vital recorrido hace ya muchos años y afectado en puridad por no pocas averías cronológicas, es decir, sujeto a abundantes desviaciones provisionales donde el tiempo se atasca o se acelera según las más antojadizas leyes de la memoria. Y donde la alternancia de olvidos aleatorios y deliberados va adquiriendo una densidad hasta cierto punto intraspasable. Nadie que no sea irreflexivo deja de titubear una y otra vez a propósito de la remodelación verídica de los hechos vividos. ¿Dónde acaba lo posible y empieza lo fidedigno? ¿Dónde lo imaginario y dónde lo verosímil? ¿Cuándo se olvida a sabiendas y cuándo se borran inadvertidamente los recuerdos? (Caballero Bonald, 2001: 135).

El último eje de la escritura autobiográfica es la perspectiva temporal, motivo de reflexión también para los memoriógrafos: la relación del presente de la escritura con el pasado objeto de la misma, la continuidad del yo que uno fue o quiso ser en el yo actual que intenta recuperarlo, reconstruirlo, desde un ahora cuajado de nuevas experiencias y emociones. Las reflexiones sobre el pasado se detectan de continuo en las memorias: al fin y al cabo, el yo del presente ve su vida y su mundo pretéritos como un resultado, como un *continuum* al que, probablemente, se le intenta dar coherencia y sentido. El yo del presente recupera para la escritura su yo del pasado (sus yos) y, a la vez, lo reinterpreta y hasta lo juzga⁷. El yo actual no sólo recuerda, por lo tanto, sino que da significado a lo recordado: la importancia que puede tener una acción, una palabra, una determinada experiencia, se calibran desde el presente porque sólo desde él puede observarse la vida como un proyecto único en el que cada detalle se suma positiva o negativamente al conjunto⁸; todo aquello que tuvo un desarrollo lineal, cronológico, aparece ahora en reelaborada síntesis. Oliart (1998: 15) sabe que al bucear en las aguas turbias de la infancia sólo recupera «fragmentos de vida, pedazos de imágenes, frases sueltas, escenas inconexas»; pero sabe también que un fragmento de ese pasado perdido puede, de pronto, y visto con los ojos de hoy, iluminar «toda una parte de nuestra vida

⁷ Suele olvidarse, en dirección contraria, que la reviviscencia produce en el hombre del presente que escribe sus memorias distintos estados de ánimo que se proyectarán o no sobre lo que fue en el pasado; uno de los más llamativos es la sorpresa: sorpresa, por ejemplo, de la agilidad conceptual que halla en un escrito del yo pretérito; la sorpresa es indicativa de la distancia temporal y emocional entre el ayer y el presente, y suele conducir al intento de justificar actitudes y de darles sentido dentro del contexto autobiográfico. Es un aspecto muy llamativo en el Carnicer de *Friso menor* (Martínez, 1997).

⁸ Castilla del Pino, por ejemplo, tiende a la interpretación de hechos puntuales en relación con la formación de la propia personalidad: «Desde mi perspectiva actual, estoy convencido de que esa experiencia [alude a la masturbación, vivida como placer culpable] fue decisiva en la adquisición de mi intimidad, como espacio absolutamente propio, inaccesible a los demás [...]. Otro efecto de esta experiencia del pecado por excelencia fue el aprendizaje de la autodisociación, mi escisión entre el yo observado y el observador...» (1997: 177-178).

que fue y comprendemos cosas de las que entonces, en el fluir de aquel presente, no fuimos conscientes, no comprendimos o no podíamos comprender»; Marías (1998: 12) ve, en cambio, que la perspectiva actual falsea la realidad del pasado al darle un significado conjunto que entonces no pudo tener; también Goytisolo (1985: 152, 193) ve «una forma sutil de traición» en la tentación de otorgar una posterior coherencia a la «discontinuidad biográfica».

Carlos Barral es el más preocupado por la perspectiva temporal y el más consciente también de su influencia sobre la memoria y la escritura. Y preocupado en un doble sentido: por un lado, el tiempo vital que se recrea en la escritura; por el otro, el *alcance* (Genette, 1972) o distancia que media entre los hechos y el momento de narrarlos o evocarlos. Según sea uno u otro tiempo vital que se narre en la escritura traducirá una cierta generalidad (la adolescencia, por ejemplo, le parece que es un tramo vital en el que las experiencias son más comunes) o una mayor subjetividad (la juventud, por ejemplo, momento en que se proyecta la vida posterior y que, por ello, es más personal y singular) (Barral, 1978: 8).

Mayor interés y trascendencia presenta el *alcance* temporal, preocupación insistente en los textos de memorias de Barral. En *Años de penitencia* narró una etapa lejana ya en el tiempo; en su segundo volumen de memorias, *Los años sin excusa*, el alcance es menor, la perspectiva temporal más corta, más cercana; el escritor percibe que los sucesos recientes no dejan obrar al verdadero mecanismo de la memoria, que, con una distancia temporal mayor, ha filtrado los recuerdos de tal manera que, hundiéndose en el olvido detalles de menor cuantía, da impresiones de mayor generalidad; en palabras del autor, aquel “curso natural del recuerdo”, ahora

no transmite climas, atmósferas, no transporta, a través de filtros de tiempo menos dilatados, impresiones de bulto, armadas sobre pormenores que la memoria ha seleccionado por su cuenta, seguramente porque los necesitaba para su propia congruencia, mientras dejaba escurrir hacia el olvido el menudo anecdótico y las precisiones de toda especie que, en cambio, ahogan el recuerdo reciente, empujando su narración hacia la crónica, que es tal vez otra empresa literaria” (Barral, 1978: 7-8).

Esta lucidez sobre lo que significa en una narración el alcance temporal, reaparecerá páginas después: «Consciente de los inconvenientes que en todo relato —y con más razón en éste, de naturaleza autobiográfica— comporta la reducción de la

distancia narrativa, del espacio que separa el texto de lo contado...» (1978: 209). La distancia temporal es aún menor respecto a los hechos relatados en *Cuando las horas veloces*, con lo que la problemática se acrecienta y la preocupación del autor también. Constatará que la experiencia, a medida que se acerca al presente «se va adelgazando y haciendo borrosa y desfigurada », que no ha habido un filtro suficiente de dicha experiencia —aún no han cicatrizado sus heridas en la conciencia, ni ha aparecido la nostalgia—: «No ha pasado bastante tiempo hasta el momento en que me pongo a la redacción de estas páginas» (Barral, 1988: 11-12); la cercanía impide que las experiencias —vividas en la conciencia casi en presente— se consoliden en la memoria (1988: 275). Terminará Barral el relato sobre su *yo* en el mundo con unas inteligentes y a la vez melancólicas reflexiones sobre el tiempo y la memoria y con el convencimiento del beneficio que procura una perspectiva temporal alejada de los hechos que se narran, de esos hechos del pasado, de «esa aventura cada vez más amplia y profunda, más personal, que se esclarece con la lejanía» (1998: 284).

También Caballero Bonald discurre sobre los problemas que acarrea la cercanía temporal de los hechos evocados. Las dificultades evocadoras tiene que ver con un volumen excesivo de realidad (o de recuerdos) que se echa sobre la memoria y le impide respirar, por así decir: «Mucho me temo [...] que mi aptitud introspectiva se aminore a medida que se engrosa el almacén del pasado. Es como si esa especie de saturación evocadora no dejara sitio para una efectiva posibilidad de autoexamen» (Caballero Bonald, 2001: 391). La compleja dificultad evocadora desde una perspectiva temporal relativamente breve la expone Caballero Bonald con admirable lucidez en palabras que merecen traerse a cuento, a pesar de la extensión de la cita:

A medida que se acorta la distancia entre el pasado y el presente, los recuerdos se van volviendo naturalmente menos dudosos, menos afectados por los menoscabos y tachaduras de la memoria. Y eso, que puede parecer un buen arranque reflexivo, es probablemente lo más decepcionante. Se trata de una especie de cercanía temporal muy poco operativa a la hora de hacer más eficientes los mecanismos de la evocación. El rastreo en los espacios oscuros o penumbrosos del recuerdo pierde ya en parte su potencia seductora. Esa sinuosa deflación que parece acompañar a toda tentativa de recuperar el pasado, se desvaloriza en cierto modo cuando ese pasado es ya un territorio inequívocamente transitable. Es como si su excesiva nitidez, la imposibilidad de incurrir en el juego literario de los tanteos, supusiera un estorbo difícil de salvar desde un punto de vista narrativo. Todo se filtra ya por los cedazos inconfundibles de la realidad. Hasta las presuntas disfunciones de la capacidad de recapitulación o los freudianos olvidos voluntarios actúan como

acicates efectivos para contar las cosas tal como la libre imaginación las ha hecho perdurar. La exploración en un terreno demasiado fácil de recorrer, demasiado reconocible, escamotea de modo irreparable sus presuntas incitaciones meramente literarias, sobre todo en lo que se refiere a la juiciosa competencia de la ficción. Más que recompensas, lo que esas búsquedas aportan son privaciones, pues el pretérito nunca podrá impedir que el presente lo manipule sin posibilidad de reproches o rectificaciones, como si el flujo de lo que se ha vivido estuviese previamente mediatizado por su propia complicidad con lo que se ha inventado (Caballero Bonald, 2001: 390).

A pesar de todas las dificultades que acechan a la memoria, a la «invención» de un sujeto autobiográfico, a la reconstrucción de ese yo en un pasado moldeado por el tiempo y las nuevas experiencias acumuladas sobre él, el escritor de memorias se obstina en el análisis introspectivo. Al fin y al cabo, el recuerdo —preciso o impreciso, fiel o erosionado— es lo que tenemos. Desde la perspectiva del presente, lo olvidado es como si no se hubiera vivido. Como dice Caballero Bonald, «detrás de la memoria hay una gran habitación vacía» (2001: 557). Lo que hace el escritor de memorias consciente de su labor es reconstruir, reinterpretar y, en los casos mejores, convertir su propia biografía, incardinada en un tiempo histórico, en literatura. De eso han sido conscientes Juan Goytisolo, Carlos Barral o José Manuel Caballero Bonald. Este último no duda en apreciar las memorias de Barral en lo que tienen de proyecto literario, por encima de invenciones, confusiones, inexactitudes, etc. Y en un momento dado, tampoco al propio Caballero Bonald le importa pecar de inexacto; lo que de veras le interesa es que lo contado responda a la coherencia literaria, a «una exigencia narrativa»: «en última instancia lo que de veras importa es el hecho literario consumado, es decir, la primacía poética de todas las memorias —ficticias y verdaderas— posibles» (Caballero Bonald, 2001: 209). Este interés por un proyecto narrativo coherente lo manifiesta el escritor jerezano en numerosas ocasiones. Más que la precisión del recuerdo le interesa convertir la evocación en literatura, diligenciar «un texto literario en el que se consiguen, por un azaroso método selectivo, una serie de hechos provistos de su real o verosímil conexión con ciertos pasajes novelados de mi historia personal» (Caballero Bonald, 2001: 67). Más que a la exactitud y a la fidelidad, la evocación debe servir al proyecto narrativo que se lleva a cabo: «Los elementos que se usan para la composición de un texto literario como éste pueden ser ciertos o presuntos según convenga al entramado literario» (Caballero Bonald, 2001: 391).

Como ha podido verse a lo largo de estas páginas, teóricos y creadores se han interesado por los mecanismos que mueven los relatos de signo autobiográfico y que afectan a la identidad del sujeto autobiográfico, al tiempo y a la memoria. Las reflexiones de los creadores, a pie de obra, pueden enriquecer y matizar una problemática de por sí compleja, como nos ha hecho ver la teoría.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AYALA, F. (1988). *Recuerdos y olvidos. 1. Del paraíso al destierro. 2. El exilio. 3. Retornos*. Madrid: Alianza.
- BAJTÍN, M. (1975). “Las formas del tiempo y del coronotopo en la novela”. En *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989, 237-409.
- BARRAL, C. (1975). *Años de penitencia*. Madrid: Alianza Tres (3ª ed.).
- (1978). *Los años sin excusa (Memorias II)*. Barcelona: Barral Editores.
- (1988). *Cuando las horas veloces*. Barcelona: Tusquets.
- BENET, J. (2001). *Otoño en Madrid hacia 1950*. Madrid: Comunidad de Madrid / Visor (1ª ed., Madrid: Alianza Editorial, 1987).
- BRUSS, E. (1974). “Actos literarios”. En VV. AA. (1991), 62-79.
- CABALLÉ, A. (1987). “Figuras de la autobiografía”. *Revista de Occidente* 74-75, julio-agosto.
- CABALLERO BONALD, J. M. (1995). *Tiempo de guerras perdidas. La novela de la memoria, I*. Barcelona: Anagrama.
- (2001). *La costumbre de vivir. La novela de la memoria, II*. Madrid: Alfaguara.
- CABO ASEGUINOLAZA, F. (1993). «Autor y autobiografía». En VV. AA. (1993), 133-138.
- CARNICER, R. (1983). *Friso menor*. Barcelona: Plaza y Janés. — (1992). *Codicilo*. Valladolid: Ámbito.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1997). *Pretérito imperfecto*. Barcelona: Tusquets.
- CATELLI, N. (1991). *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.
- DE MAN, P. (1977). «La autobiografía como desfiguración». En VV. AA. (1991), 113-117.
-

- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, J. (1993). «Algunas ideas de Bajtín sobre la autobiografía». En VV. AA. (1993), 177-186.
- FERNÁNDEZ PRIETO, C. (1994). «La verdad de la autobiografía». *Revista de Occidente* 154, 116-130.
- GARCÍA LORCA, I. (2002). *Recuerdos míos*. Barcelona: Tusquets.
- GENETTE, G. (1972). *Figuras III*. Barcelona: Lumen, 1989.
- GOYTISOLO, J. (1985). *Coto vedado*. Barcelona: Seix Barral.
- GUSDORF, G. (1948). «Condiciones y límites de la autobiografía». En VV. AA. (1991), 9-17.
- JUARISTI, J. (1997). *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa Calpe.
- LEJEUNE, Ph. (1994). *El pacto autobiográfico y otros escritos*. Madrid: Megazul-Endymion (*Le pacte autobiographique*. París: Seuil, 1975).
- LEÓN, M^a T. (1979). *Memorias de la melancolía*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- LOURREIRO, A. G. (1991). «Problemas teóricos de la autobiografía». En VV. AA., 1991, 2-8.
- (coord.) (1994). *El gran desafío: feminismos, autobiografía y postmodernidad*. Madrid: Megazul-Endymión.
- MACHADO, A. (1986). *Juan de Mairena II*. Madrid: Cátedra (ed. de A. Fernández Ferrer).
- MARÍAS, J. (1988). *Una vida presente. Memorias I (1914-1951)*. Madrid: Alianza.
- (1989). *Una vida presente. Memorias 2 (1951-1975)*. Madrid: Alianza.
- MARINA, J. A. (1993). *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona: Anagrama.
- MARTÍNEZ, J. E. (1997). «Problemática del autobiografismo: las memorias de Ramón Carnicer». *Tierras de León* 102, 103-114.
- MAY, G. (1979). *L'Autobiographie*. París: PUF (*La autobiografía*. México: FCE, 1982).
- NEUMAN, Sh. (1992). «Autobiografía de una poética diferente a una poética de las diferencias», en LOUREIRO, A. G. (coord.) (1994), 417-439.
- OLIART, A. (1998). *Contra el olvido*. Barcelona: Tusquets.
- OLNEY, J. (1980). «Algunas versiones de la memoria / Algunas versiones del bios: la ontología de la autobiografía». En VV. AA. (1991), 33-46.
- POZUELO YVANCOS, J. M^a (1993). «La frontera autobiográfica». En *Poética de la ficción*, 179-225. Madrid: Síntesis.
-

- PRADO, B. (1998). *Todos nosotros*. Madrid: Hiperión.
- PRADO BIEZMA, J. del *et alii* (1994). *Autobiografía y modernidad literaria*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.
- SMITH, S. (1991). «Hacia una poética de la autobiografía de mujeres». En VV. AA. (1991), 93-105. También en Loureiro, A. G. (coord.) (1994), 113-149.
- VARGAS LLOSA, M. (1993). *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- VILLANUEVA, D. (1991). «Para una pragmática de la autobiografía». En *El polen de ideas*. Barcelona: PPU, 95-114.
- (1993). «Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía». En VV. AA. (1993), 15-31.
- VV. AA. (1991). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental. Suplementos Anthropos, 29*.
- VV. AA. (1993). *Escritura autobiográfica*. Madrid: Visor (eds. J. Romera, A. Yllera, M. García-Page y R. Calvet).
- WEINTRAUB, K. J. (1991). «Autobiografía y conciencia histórica». En VV. AA. (1991), 19-33.
-